



José Candón-Mena y David Montero-Seánchez (eds.). *Del Ciberactivismo a la Tecnopolítica. Movimientos sociales en la era del escepticismo tecnológico*. Salamanca: Comunicación Social ediciones y publicaciones, 2021, 215 pp. ISBN: 978-84-17600-39-6

Salomé Sola-Morales

Universidad de Sevilla

ssolamorales@us.es

 0000-0001-7085-4595

Los profesores José Candón-Mena y David Montero-Sánchez han editado *Del Ciberactivismo a la Tecnopolítica. Movimientos sociales en la era del escepticismo tecnológico*, un libro que se nutre de algunos de los debates más vibrantes realizados en el marco de las últimas ediciones del “Congreso Internacional Move.net, sobre Movimientos Sociales y TIC”, un evento académico que se lleva celebrando desde 2015, en la Universidad de Sevilla, donde académicos, investigadores, estudiantes, activistas y sociedad civil se reúnen para repensar la relación entre movimientos sociales y tecnología. Esta obra reúne en ocho capítulos las voces de algunos de los académicos y activistas más relevantes,

comprometidos y activos en la materia, y traza los ejes esenciales de los debates tecnopolíticos actuales.

La obra es esclarecedora en el sentido literal del término, dado que trae luz a las zonas oscuras y se detiene en las sombras, que componen el actual escenario tecnopolítico, donde reina el escepticismo y la desconfianza. Ahora bien, los editores nos plantean una seria advertencia: no debemos caer en el tecnopesimismo, ni abogar por el reduccionismo o caer en el inmovilismo. "Pensemos desde la complejidad las circunstancias sociales, económicas y políticas, que determinan hoy en día hasta qué punto es posible vehicular acciones transformadoras, desde distintas posiciones en relación con los sistemas de poder hegemónicos" (12).

Desde una perspectiva no tecno-determinista Candón-Mena y Montero-Sánchez, en el primer capítulo, sostienen que más allá del ciberactivismo, vinculado inicialmente con los imaginarios de la contracultura, acciones sociales emancipadoras, discursos progresistas y herramientas autónomas; emerge la tecnopolítica, como concepto y enfoque, que permite abordar un escenario mucho más complejo y más completo, en el que entran en juego fenómenos como la política institucional y partidista, las campañas electorales o las crecientes movilizaciones por parte de grupos autoritarios y de extrema derecha, así como usos tecnológicos que combinan herramientas autónomas y comerciales. Candón-Mena y Montero-Sánchez se suman a las visiones ecológicas y apuestan de forma crítica por la hibridación como estrategia comprensiva que permite complejizar las realidades tecnopolíticas.

En el segundo capítulo, titulado "Del ciberactivismo a la tecnopolítica. Los marcos tecnopolíticos como herramientas de análisis", Igor Sádaba Rodríguez pone de relieve la importancia de los imaginarios, metáforas y representaciones sociales de la tecnología a la hora de analizar su apropiación por parte de movimientos, colectivos y ciudadanía. Sádaba interpreta en clave actual y pone en discusión las ventajas del concepto de "marco tecnológico", de Wanda Orłowski y Debra Gash (1991), ofreciendo herramientas reflexivas con el fin de enriquecer los análisis tecnopolíticos contemporáneos.

En continuidad con la propuesta, Emiliano Treré y Anne Kaun proponen "Contextualizando el activismo digital. Una perspectiva histórico-ecológica", donde contribuyen al análisis desde una perspectiva teórica-crítica del activismo digital en clave dialógica y histórico-culturalmente situada. El aporte más interesante de este capítulo es justamente este enfoque híbrido, que privilegia la dimensión ecológica, según la cual es posible manifestar la naturaleza "compleja, híbrida y multifacética de los sistemas mediáticos en los que operan los activistas" (83) y en los que emergen diferentes prácticas, entre las que reviste de especial interés el activismo de desconexión, una variante algo menos "conocida" pero no por ello, menos relevante.

En la línea de las propuestas anteriores y alejándose de las visiones optimistas y utópicas, propias del ciberactivismo libertario, Ángel Gordo y Chris H. Gray trabajan sobre “El cambiante gobierno digital. La adaptación política de la virtualidad interactiva en clave QAnon” poniendo de manifiesto las consecuencias de la gobernanza algorítmica y del capitalismo de vigilancia promovido por las plataformas GAFAM (Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft), así como las nuevas formas de acción política digital que llevan a cabo grupos de derecha – como QAnon– que tienen entre sus estrategias de captación de seguidores la manipulación, la proliferación de bulos o rumores basados en la emoción y los sentimientos o los discursos del odio polarizantes.

Otro de los puntos que me parecen más relevantes de esta obra es el reconocimiento, desde su introducción, de que los feminismos articulados como movimiento social global son, hoy, el espacio más reconocible de acción tecnopolítica emancipadora. Así lo manifiesta y defiende Guiomar Rovira, para quién “el feminismo es hoy algo que atraviesa y que le está pasando a las luchas emancipatorias en todo el mundo” (137). La autora realiza una genealogía de los feminismos actuales siguiendo la estela de las protestas que arrancaron con la Primavera Árabe y describe lo que denomina modos de “feministizar” la política o desestructurar los lugares de poder. Además, denuncia la frivolidad neoliberal del feminismo que denomina “pop feminismo mediático” y lo confronta con el “feminismo interseccional” en el cual confluyen diferentes estructuras de opresión como raza, clase... Para analizar las multitudes conectadas feministas, la autora reivindica una mirada híbrida u “onlife” (que integre las acciones *in situ* y en línea) en la que el cuerpo emerge como arma de lucha, y analiza algunas de las acciones transnacionales más representativas de la última década.

En el capítulo 6 “Anonimato y ciberactivismo. Elementos de análisis de la economía moral de la multitud en red”, Francisco Sierra Caballero, trabaja sobre el anonimato entendido como un proceso contrahegemónico y como una política de resistencia basada en la afirmación de lo colectivo y del nosotros, además de representar bien el deseo de conectividad utilizado por diversos movimientos sociales subalternos. Partiendo de la figura enmascarada del subcomandante Marcos, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y de la máscara de Anonymous, Sierra analiza el valor del anonimato en la actual tecnopolítica deteniéndose en las “guerrillas semióticas”, la cultura rave y la tradición del arte público.

En “Activismos bibliotecario y desobediencia civil”, el capítulo 7, Javier de la Cueva González-Cotera trabaja sobre una forma muy concreta del activismo, el bibliotecario –un acto consciente y político– y defiende el acceso abierto del conocimiento relativo a las publicaciones científicas. El autor profundiza en

ejemplos de desobediencia civil que han buscado liberar el conocimiento como es el caso de las webs Science-Hub y Library Genesis, perseguidas y atacadas por parte de las editoriales que ven en peligro su continuidad.

Finalmente, en el capítulo 8, titulado “Impulsar los derechos digitales para defender los derechos humanos y ambientales. El programa de Defensoras Digitales (*Digital Defenders Partnership*)”, Alex Haché y Daniel Ó Cluanaigh denuncian las violencias digitales y formas de vigilancia y control que sufren la ciudadanía, en general, y los defensores de los derechos humanos, de los derechos ambientales y las comunidades marginalizadas y/o discriminadas, en particular. La propuesta co-implica nuevamente las acciones digitales con las no-digitales remarcando que los ataques sobre Internet impactan sobre las personas y los derechos humanos y ambientales. En la línea con trabajos anteriores, los autores describen cómo las corporaciones vigilan y controlan a los usuarios mediante la recopilación y el análisis de sus rastros y huellas digitales poniendo en peligro su seguridad digital y, por ende, su integridad.

En definitiva, esta obra nos ofrece un análisis completo del panorama tecnopolítico actual complejizando y proponiendo claves teórico-interpretativas sugerentes y provocadoras que nos instan a seguir investigando y seguir luchando para erradicar el neoimperialismo de las corporaciones y la tiranía de los algoritmos; la manipulación y los discursos del odio y otras violencias que perpetúan las desigualdades estructurales, sin caer en la desesperanza. Como bien afirman Haché y Ó Cluanaigh al final de su capítulo:

“No está todo perdido y quedan espacios y nuevas iniciativas de libertad y seguridad en Internet. Esta Internet alternativa, no comercial, distribuida y enfocada en las personas y los derechos humanos existe y sigue en pie gracias a la labor incansable de varias comunidades y redes enfocadas a desarrollar infraestructura autónoma, software libre, soberanía tecnológica, así como recursos para la seguridad integral de las activistas y defensoras (201)”.

En esta línea, hay que seguir peleando por un Internet libre, soberano y plural y no permitir que las malas praxis de determinados grupos obnubilen el potencial y las posibilidades emancipadoras que Internet puede ofrecer a la ciudadanía, en pro del bien común y la democracia. Urge que así sea.